



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

R

Bozidar D. Susteric. Templos jesuíticos-guaraníes: la historia secreta de sus fábricas y ensayos de interpretación de sus ruinas

Autor:

Marta B. Silva

Revista:

Estudios e investigaciones

2005, 1, 93-98



Reseña



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Sustersic, Bozidar D. *Templos Jesuíticos-Guaraníes: La historia secreta de sus fábricas y ensayos de interpretación de sus ruinas*. Buenos Aires: UBA – FFyL, Instituto de Teoría e Historia del Arte “Julio E. Payró”, 1999. Serie monográfica N° 3. (334 páginas. Ils. blanco y negro).

Al comienzo del libro Sustersic dice: “mucho se ha escrito sobre las misiones jesuíticas desde la expulsión de la Compañía de Jesús (...) hasta nuestros días”, señalando que “a pesar de la copiosa bibliografía y de la excelencia de muchas de sus obras, el tema sigue siendo uno de los más controvertidos de nuestra historia”. Sin embargo, es preciso señalar que para estudiar esta arquitectura, los tradicionales libros de Furlong, Busaniche, Buschiazzo o Gutiérrez, aun cuando siguen vigentes, por la antigüedad de sus ediciones, son piezas muy difíciles de conseguir actualmente. Asimismo, es destacable el impulso dado, en los últimos años, al conocimiento de las Misiones de Moxos y Chiquitos en Bolivia, a través de la larga obra de recuperación del Arq. Hans Roth y de la acción de Pedro Querejazu¹ o Juan Carlos Ruiz, que cuajaron en una labor editorial importante, así como en reuniones internacionales para tratar la arquitectura, las artes y la música misionera. En el ámbito de los “treinta pueblos” guaraníes, también se realizaron jornadas de difusión, y en lo editorial es destacable la re-edición facsimilar en 1995 –a cuarenta años de su publicación original- del libro de Vicente Nadal Mora sobre San Ignacio Mini. Por ello, la aparición de este libro de Bozidar Sustersic, ha de congratular a los estudiosos de los pueblos misioneros, pues permite conocer los avances de sus investigaciones, junto con sus colaboradoras las Licenciadas Estela Auletta y Cristina Serventi.

El subtítulo que aparece en la portadilla: “La historia secreta de sus fábricas y ensayo de interpretación de sus ruinas”, nos va anticipando la labor casi detectivesca del autor al desentrañar aquellos “sucesos ignorados”, surgidos de “las pesquisas de archivo y las exploraciones de campo” realizadas durante 20 años, a partir del interés por descubrir al autor del púlpito, los altares y el peculiar friso de ángeles músicos de Trinidad. Sustersic reconoce como antecedentes a los escritos de Giuria, Busaniche, Furlong y Gutiérrez, atribuyéndole a este último «el inicio de esta ‘historia secreta’ y no oficial de la arquitectura misionera». Esos sucesos rodeados de “hermetismo”, como el encargo de ejecutar en secreto algo o la pérdida intencional de documentos, significaron obstáculos para la investigación, pero aclara Sustersic -como historiador de arte- que ella

se sustenta no solamente en los documentos de archivo, cuyo "valor absoluto y autosuficiente" pone en duda, sino también en el permanente cotejo con los restos tangibles arquitectónicos como objetos de estudio y con los aspectos que aportan las disciplinas sociales. Así "una historia de la arquitectura misionera (...) surge vital y humana, con todas sus contradicciones, en abierto contraste con los panegíricos o los ataques críticos que se proponen con demasiada frecuencia más que descubrir, ensalzar, o más que comprender, empañar la imagen de aquella empresa que asoció a jesuitas y guaraníes en esa epopeya única en la historia de la humanidad". (p. 19)

El libro está estructurado en tres partes, la Primera—capítulos I a IV—desarrolla el tema de "Los orígenes de la arquitectura misionera y las etapas de su desarrollo: de los 'og-jekutu' a los templos de Primoli". La Segunda—capítulos V a X—analiza "Las iglesias del último periodo y la polémica que dividió a los misioneros sobre la arquitectura de Primoli", y la Tercera Parte—capítulos XI a XIV—se centra en el análisis de "Los restos materiales sobrevivientes y sus valiosos testimonios para la reconstrucción de los templos, de la historia y de la cultura jesuitico-guaraní".

En la Primera Parte la propuesta central es una nueva periodización de la arquitectura jesuitica-guaraní, actualizando la tripartita que Hernán Busaniche² propusiera en 1955 y a la que le concede el "mérito de ser la primera y única propuesta de ordenamiento basada (...) en los ejemplos concretos". Las tres etapas sucesivas planteadas por Busaniche son: la primera, de 1609 a 1635, caracterizada por una "arquitectura totalmente provisoria, sin ningún valor definitivo"; la segunda, de 1635 a 1730, de la "arquitectura misionera por excelencia" con estructura de madera, y la tercera, de 1739 a 1767, de "la arquitectura europea injertada en América". La primera objeción que le hace es que no evidencia el "proceso constante" de depuración de experiencias acumuladas en la configuración de las reducciones como indica Maeder, y que están patentes en los horcones autóctonos con tirantería de par y nudillo europeos. La segunda objeción se funda en la documentación recientemente conocida sobre las obras de los Hnos. José Brasanelli y Juan Bautista Primoli, lo que le ha permitido a Sustersic ajustar en dos momentos el segundo periodo de Busaniche: 1- las obras del Hno. Torres y 2- las obras del Hno. Brasanelli y del P. Pietragrassa. Definidos estos puntos, Sustersic caracteriza en los tres capítulos siguientes cada una de estas etapas de la arquitectura jesuitico-guaraní.

A la primera etapa la ubica entre 1610 y 1641 y la denomina: "El bautismo de la arquitectura vernácula", señalando con Furlong que "las iglesias fueron amplias y hermosas desde siempre" en contraposición con las "casillas o chozas" levantadas para vivir. Entre la precariedad de unas y lo "admirables y capacísimas" de otras, Sustersic—a pesar de que la documentación oficial las atribuye a los misioneros— afirma que "otros testimonios y la lógica prueban que allí y entonces, con los materiales y las condiciones que brindaba la selva, eran los indios los únicos capaces de construirlos". La tradición guaraní se hace patente no sólo en la arquitectura, sino también en el trazado urbano; al fracasar los primeros ensayos "a la manera de los pueblos españoles", las *og-jekutu* o

“malocas” triunfan sobre las manzanas divididas en solares, pero deben admitir las divisiones internas para las familias, ahora monogámicas. Un proceso parecido respecto a los lugares de culto, plantea el autor: “En las mismas casas grandes, *og jekutu* o quizás también en los *og guasu* ceremoniales se instalaron los primeros altares, otorgando a esos espacios direccionalidad, pies y cabecera. Sin embargo el paso decisivo fue la introducción del par y nudillo que permitió desplazar la hilera de las columnas centrales (...) conformando el equivalente de las tres naves de las iglesias europeas”. Pero esta equivalencia es “más lingüística y simbólica que real” ya que los espacios resultantes son diferentes.

La segunda etapa iniciada con la victoria de Mbororé en 1641, se extiende hasta 1695, es un período de transición, difícil de investigar, en el que los techos de tejas se imponen por seguridad, tanto en las iglesias como en las casas de los indios. Sustersic rescata a los primeros constructores jesuitas y en especial al Hno. Domingo Torres -señalado ya por Furlong como el gran arquitecto misionero- multifacético coadjutor, calificado como “*ingenium optimum*” en los Catálogos Secretos de 1656, lo que no lograron ni Brasanelli, ni Primoli. Respecto de los anónimos maestros guaraníes, Sustersic señala fuentes que destacan “el papel relevante de los indios en todas esas obras”. Y aunque este período “no ha dejado ningún testimonio de sus edificios”, los templos chiquitanos pueden servir de ejemplo para comprenderlos.

La tercera etapa -1695 a 1730- estará marcada por el nuevo tipo de iglesia que plantea el Hno. José Brasanelli desde 1692 hasta su muerte en 1728. La persistencia de ciertos rasgos y materiales americanos: el techo único y los horcones de madera, se combinan con la utilización de la piedra itaquí en portadas y muros y la inclusión de una tradición europea: una cúpula en el crucero. Sustersic confirma las obras debidas a su genio y rescata al otro arquitecto de este período, el P. Camilo Pietragrassa.

La cuarta y última etapa -1730 a 1768- corresponde a la nueva tipología de iglesias sin horcones, y en la que sobresalen los Arquitectos: Hno. Juan Bautista Primoli, Hno. Antonio Forcada y el P. Pedro Pablo Danesi. Primoli llega en 1730 y la renovación edilicia que propone es “radical por cuanto [prescinde] totalmente de la madera”. Pero también esta “ruptura con las tradiciones constructivas vernáculas” le granjearon «una resistencia bastante generalizada a dichas innovaciones y cambios”. Sustersic reconstruye la compleja historia de las iglesias de Primoli -San Miguel y Trinidad- y la presencia de “Padres que le son contrarios”, explicando esa “polémica que dividió a los misioneros” en la Segunda Parte del libro.

En el afán por desentrañar los hechos de este período, Sustersic va entrelazando los datos surgidos de documentos originales con las deducciones basadas en el análisis de los edificios. De este modo aporta datos precisos que despejan las dudas de Furlong y Busaniche y confirman la propuesta de Gutiérrez acerca de una autoría mixta de Primoli y del Párroco Ribera en San Miguel. Lo mismo sucede respecto a “la nueva fábrica de Primoli en Trinidad”, señalando su llegada en 1740 y no en 1744 como se suponía. También va encontrando otras explicaciones a detalles técnicos de cada obra.

Cuando analiza la Iglesia de Trinidad después de la muerte de Primoli en 1747. llega al fallido proyecto de Grimau para reconstruir en madera la cúpula caída de Primoli, y es entonces cuando descubre la llegada de un personaje poco conocido: el P. Pedro Pablo Danesi. noticia que es uno de los preciosos descubrimientos que nos regala Sustersic. Es de imaginar su regocijo al descubrir al autor de la última etapa de Trinidad. interrogante o motivo inicial de sus investigaciones: "No queda ninguna duda. La iglesia. con su cúpula de ladrillos y cal y la torre. fueron concluidas bajo la dirección del P. Pedro Pablo Danesi secundado por el pueblo trinitario. durante los primeros meses de 1764" (p. 138). También supone posibles obras de Danesi. el púlpito de piedra. policromado y dorado a la hoja. las cabezas de ángeles y el friso de ángeles músicos. Con ello corrige las suposiciones de los autores citados acerca de que las iglesias del último periodo habían quedado inconclusas.

La construcción de las iglesias de Jesús y de Trinidad requirió, necesariamente. del uso de cal. Al tratar el pleito de la calera de Itaendy. con su habitual minuciosidad en el manejo de los datos y el cruce que hace con ellos, el autor va ubicando a los actores primordiales de estas obras: los padres Grimau. Forcada y Danesi, y los Párrocos Rivera y Valdivieso. Siempre con su mirada inquisitiva. desprovista de prejuicios, respaldada en los documentos específicos y en las propias obras arquitectónicas. Sustersic rescata los hechos silenciados de este pleito. del derrumbe de la cúpula de Trinidad—"que dejaba mal parado al mejor arquitecto jesuita en las misiones"-, y de la autoría de las obras finales en manos del "improvisado arquitecto", el "Angelical y buen Padre Pedro Pablo Danesi". Analiza con claridad la polémica generada en los dos grupos rivales de Trinidad y Jesús, favorables a los cambios los unos y a la tradición los otros, y al silencio de ciertos hechos lo justifica en "la defensa de las misiones ante los ataques que perseguían su destrucción" en aquellos años finales de la "florida Cristiandad Guaraní".

Al final de la Segunda Parte. el estudio de las iglesias de San Miguel. Trinidad y Jesús, bajo la administración post-jesuitica. da cuenta del triste destino de estos pueblos, su "pronta decadencia y despoblamiento", y el derrumbe de la bóveda y cúpula de Trinidad, provocado increíblemente por el derribo del frontis, ordenado por el Administrador General de los Pueblos Guaraníes, Juan de Lazcano en 1774.

Al llegar a la tercera y última parte examina "los restos materiales sobrevivientes y sus valiosos testimonios para la reconstrucción de los templos, de la historia y de la cultura jesuitico-Guaraní". dedicándole los tres últimos capítulos a la Arquitectura, la Escultura y la Música basándose en la comparación de las fuentes documentales y los restos de la Iglesia de Trinidad. Además de reafirmar las intervenciones de Primoli y Danesi y los motivos del derrumbe final, Sustersic propone una hipótesis gráfica del conjunto de la Iglesia. así como el geometral de la fachada y torre y el corte transversal. También incluye—siempre en las hojas finales del libro destinadas a la información gráfica y fotográfica— una planta actual de la iglesia. Estos planos, bien diseñados por la Arq. Silvia Pugnale. constituyen. por cierto, otro de los notables aportes de esta obra de

Sustersic, por su originalidad y precisión. Ellos se sustentan en el análisis realizado y lo ilustran con justicia. Avanzan sobre los planos, un tanto desprolijos, de Busaniche. Quizás por el formato del libro no se ha incluido un plano de conjunto, documento necesario para precisar las imprecisiones del esquemático relevamiento de Busaniche y corregir los errores del de Giuria.

En sus conclusiones hace un "ensayo de síntesis interdisciplinaria-etnohistórica para una interpretación de las artes y la cultura jesuítico guaraní", cultura que interpreta como "la conjunción de vertientes inseparables. Una es la influencia europea, traída de sus diferentes países de origen por los misioneros, y la otra es el 'gusto de los indios', o sea su cultura y mentalidad americana y guaraní". Asimismo como al describir Trinidad señalaba su "polisemia" estilística, en la estructura maderera reconoce la "influencia determinante" inicial de los "og-jekuru" indígenas, y los agregados del "par y nudillo" europeos. El Arq. Alberto Nicolini², ha identificado a estas iglesias como mudéjares, "todo lo tardío que se quiera, pero mudéjares tanto en su estructura resistente como en su conformación espacial". Los pilares ochavados, los arcos lobulados mixtilíneos, los pares y nudillos que generan el almizate y la artesa invertida característica, son los rasgos más salientes. Ciertas similitudes se pueden encontrar en las iglesias de Tierra de Campos en España, y en Venezuela (América). Dejo planteada esta inquietud al autor, con la esperanza de encontrar respuestas en un próximo trabajo.

En síntesis, en este libro del Dr. Bozidar Darko Sustersic, las piezas faltantes de un magnífico rompecabezas con las fechas, los autores y los detalles de la construcción de las iglesias misioneras, han ocupado su lugar preciso, adquiriendo su real significado estético, histórico y cultural.

Marta B. Silva

Arq. Marta Beatriz Silva

Profesora Asociada "Historia de la Arquitectura"

Directora del "Instituto de Historia"

Co-Directora Magister en "Historia de la Arquitectura y el Urbanismo Latinoamericanos"
(Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de Tucumán).

Delegada en Tucumán de la "Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos."

San Miguel de Tucumán, 21 de Agosto de 2001

NOTAS

- ¹ Querejazu, Pedro (Editor y Compilador). *Las Misiones Jesuíticas de Chiquitos*. La Paz: Fundación BHN – La Papelera SA. 1995. (Con textos de Ramón Gutiérrez, Hans Roth, el mismo Querejazu y otros).
- ² Busaniche, Hernán. *La Arquitectura en las Misiones Jesuíticas Guaraníes*. Santa Fe: El Litoral, 1955, pp. 21 a 26. Casi simultáneamente el Arq Mario J. Buschiazzi (“La arquitectura de las misiones de Paraguay, Moxos y Chiquitos”. En Angulo Iñiguez, Diego. *Historia del Arte Hispanoamericano*. Tomo III. Barcelona-Río de Janeiro: Salvat, 1956, p. 690) plantea también tres etapas, caracterizando a la primera como “un tanto rudimentaria, pero acaso la más original (...) esencialmente consistían en vastos tinglados o galpones, con su estructura soportante de madera, y los muros de adobe o ladrillo”. La llegada de hermanos coadjutores define el segundo tipo de edificios, con muros y fachada de piedra y estructura de madera. En el último periodo, la presencia de arquitectos jesuitas, marca el reemplazo de los templos por otros “en piedra y abovedados, a la manera europea”.
- ³ Nicolini, Alberto Raúl. “El Mudéjar en el Paraguay”. En AA.VV. *El Mudéjar Iberoamericano. Del Islam al Nuevo Mundo*, España, El Legado Andalusi-Lunwerg, 1995, p. 290.